

Henry Garat y
Blanche Montel



José Bohr y Lolita Vendrell, protagonistas del superfilm hablado en español «Así es la vida» (Gaumont)



La mejor
defensa contra las
enfermedades
dentales

PERBOROL

PERBOROL
evita la caries

PERBOROL
blanquea los dientes

PERBOROL
fortifica las encías

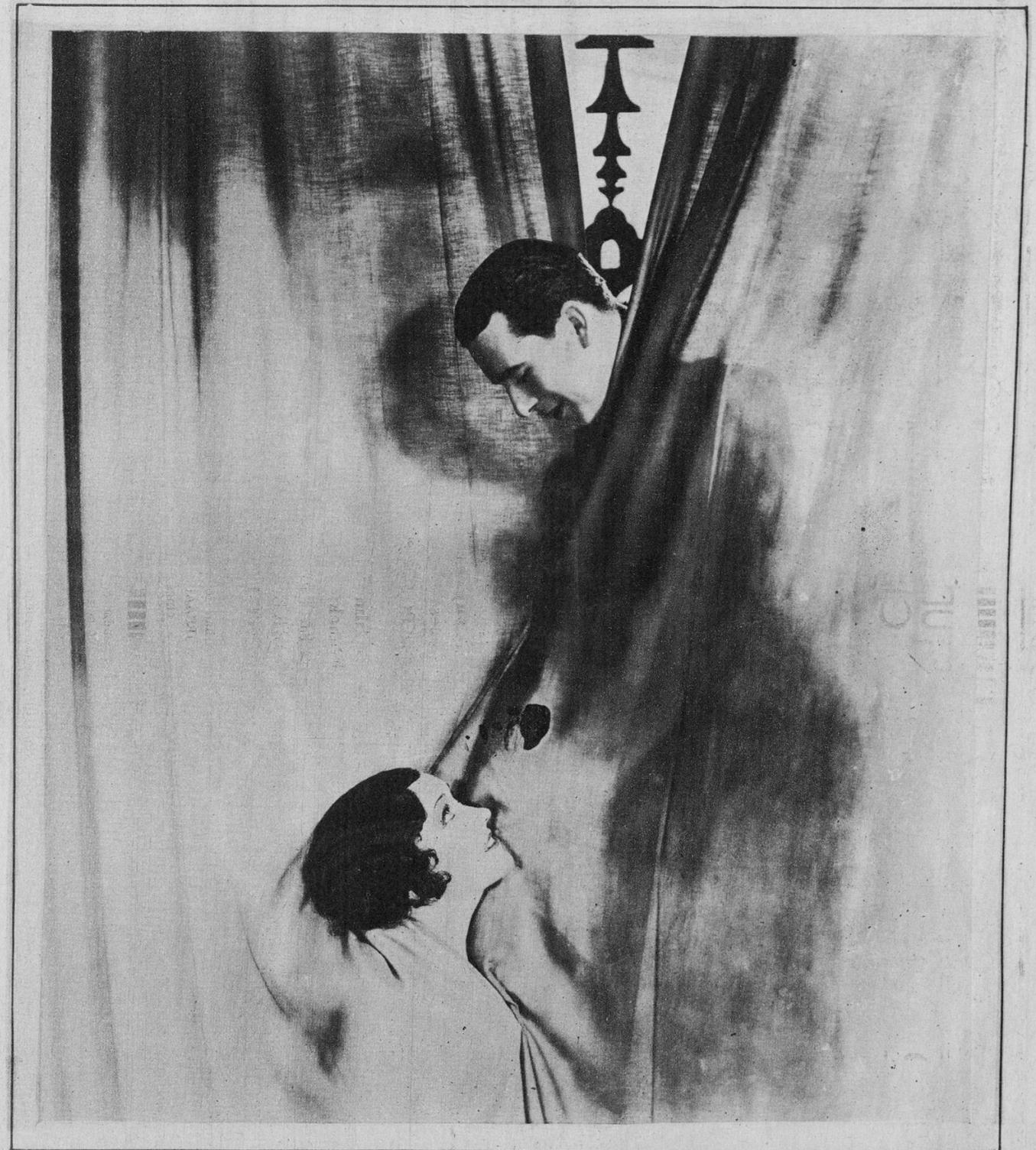


EL IMPUESTO DEL TIMBRE A CARGO DEL COMPRADOR

26 Marzo 1931

JUEVES CINEMATOGRAFICOS
DE
El Dia Grafico

Número 167



Gloria Swanson y Ben Lyon, que de nuevo los veremos en una película de los Artistas Asociados

Un artista que vuelve



Ricardo Cortez

Nadie habrá olvidado la silueta simpática y atractiva de Ricardo Cortez, el artista que según todas las apariencias tenía que llegar a sustituir a Rodolfo Valentino.

Ricardo Cortez, por una serie de incidentes, vió truncada su carrera artística, y sobre todo, se dedicó a curar a su pobre esposa, muerta hace poco, la desventurada Alma Rubens. Esta fué la causa que lo alejó del cine. Al salir su esposa del sanatorio donde estuvo por espacio de un año a fin de combatir la terrible enfermedad de intoxicarse con drogas, se le recomendó el viajar. Ricardo Cortez estaba entonces en pleno apogeo de su carrera artística, y no vaciló ni un momento; sabía que Alma no podía marchar sola y abandonó los estudios y rompió sus contratos para acompañarla, a fin de hacer cuanto estuviese en su mano para que Alma recobrase la salud.

Vinieron después los meses de tristeza, de decaimiento moral inconcebible en un muchacho como Ricardo Cortez; los últimos meses de vida de su esposa, que lo hacía sufrir intensamente. Y entonces pudimos ver a Ricardo de ventanilla en ventanilla, en los estudios, solicitando cualquier trabajo de extra.

Afortunadamente, cuando creíamos que Ricardo se había retirado para siempre, ha vuelto a la pantalla, y con carácter más honorífico que el que se creía él mismo. Tiene un primer papel importante en una película de la casa Pathé.

Con la muerte de Alma Rubens, su carrera torna a quedar libre, y es de esperar que el simpático muchacho vuelva a ser un astro refulgente, puesto que precisamente tiene lo que hace falta tener hoy día en los estudios: talento artístico.

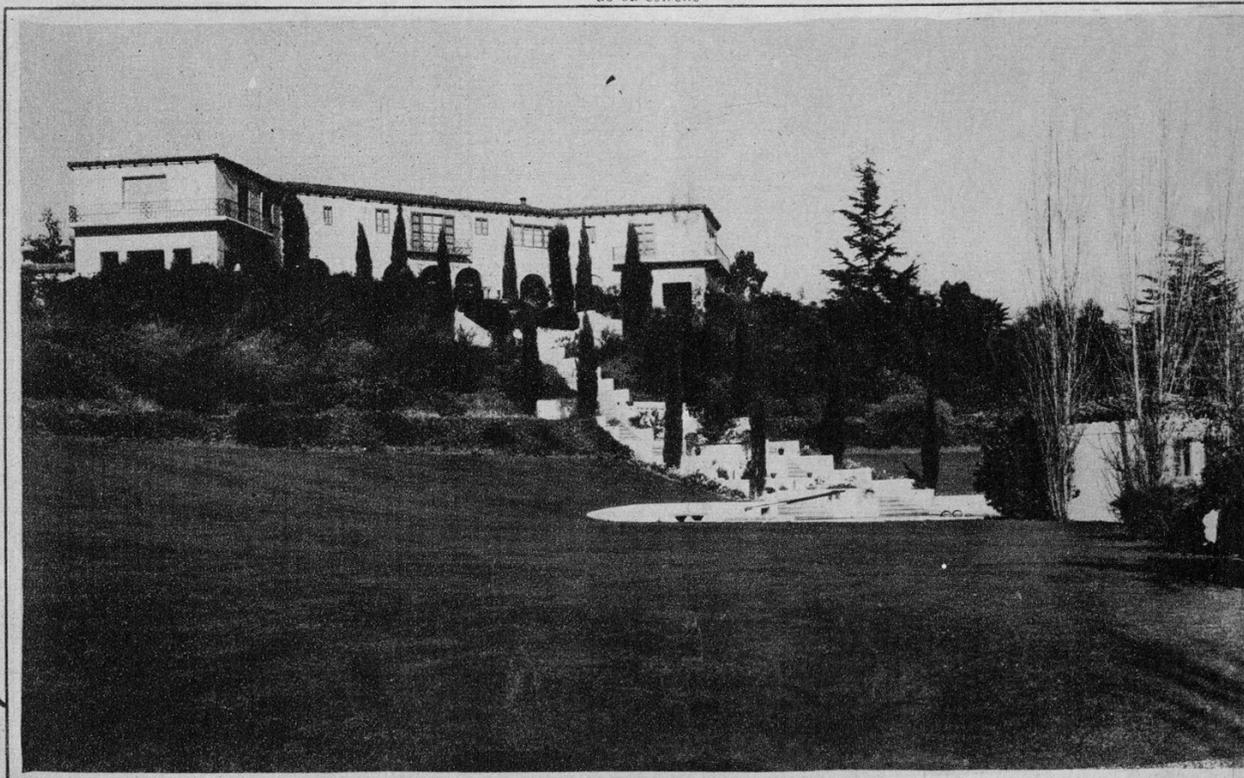
Ricardo Cortez es un judío vienes, y vive desde hace muchos años en los Estados Unidos; tiene unos treinta y dos años, el pelo castaño y los ojos de un azul sumamente oscuro, tanto que podrían tomarse por negros. Su medida es 1'67 y pesa unos 62 kilos.

El primer paso dado hace creer que lo veremos en otras películas, y siempre con éxito creciente, sobre todo si se tiene en cuenta que Ricardo Cortez posee ahora más carácter como actor, carácter que ha adquirido a fuerza de sufrimientos y contrariedades.

Corresponsal de Hollywood



Una escena de la producción sonora de la Warner Bros «Las castigadoras», de Selecciones Cines, que fué bien acogida por el público en el día de su estreno



El hogar y los jardines de Buster Keaton, en Beverly Hills

El hombrecillo de hierro

Le llamaban «el hombrecillo de hierro».

Aquello era en los felices días en que predominaban los teatros de variedades, y la atención del público—hoy concentrada en las Garbos, las Shearers, los Novarros y los otros héroes de esta era de la palabra—se hallaba consagrada casi exclusivamente a los artistas de «vaudeville».

«El hombrecillo de hierro» era Buster Keaton.

Hay algo triste y conmovedor en este comediante, cuya cara de palo ha provocado tantos millones de carcajadas. Sus travesuras en los estudios han hecho desternillarse de risa a más de una luminaria de la pantalla. Es el cómico favorito del mundo. Pero... mirad fijamente sus retratos... y observad sus ojos.

Detrás de la máscara del payaso, existe una sombra de tragedia que denuncian sus ojos. Buster Keaton, el bufón, es un mimo—uno de los más grandes mimos del mundo—que representa la comedia de la risa cuando, a menudo, su corazón está llorando. Hay que conocer a Buster y conocer aquel mundo de variedades de donde ha brotado, para comprender este drama. Para el mundo exterior, la única huella son esos trágicos ojos del comediante.

En su camarín de los estudios, Buster Keaton hablaba una vez de los tiempos en que formaba parte del número de variedades «Los tres Keatons».

«Nos divertimos en grande—decía—. En aquellos tiempos casi puede decirse que mi especialidad era escribir parodias.»

Por cierto, que muchas de sus parodias se han hecho famosas en el curso del tiempo. Había escrito una acerca de una rata que caía en una cuba llena de vino y llamaba al gato en su socorro, prometiéndole dejarse devorar a la mañana siguiente, en calidad de desayuno, si la sacaba de allí. Hacía así el felino, pero cuando reclamaba a la rata el cumplimiento de su promesa, aquella contestaba sencillamente: «¿Cómo puedes haber creído en lo que te dije cuando estaba bebida?».

Esto fue escrito en 1916. En este año de gracia de 1931, Mickey Neilan, el famoso director de comedias, se dedicó a regalar los oídos de Hollywood con un cuento que, decía, había oído referir en Europa y que juzgaba ser «la cosa más graciosa del mundo... ¡Y era la historia de la rata!».

Mickey le contó el chiste al mismo Buster; y este se contestó con replicar: «¡Oh! ¿De veras?». Eso fue todo.

Buster Keaton empezó su carrera rebotando en los escenarios, cuando tenía tres años de edad. Entonces aprendió a caer sin lastimarse, mi-



Lillian Bond, con el traje de peón mejicano, vestida de china y con los atavíos españoles de bolero y sombrero cañaes

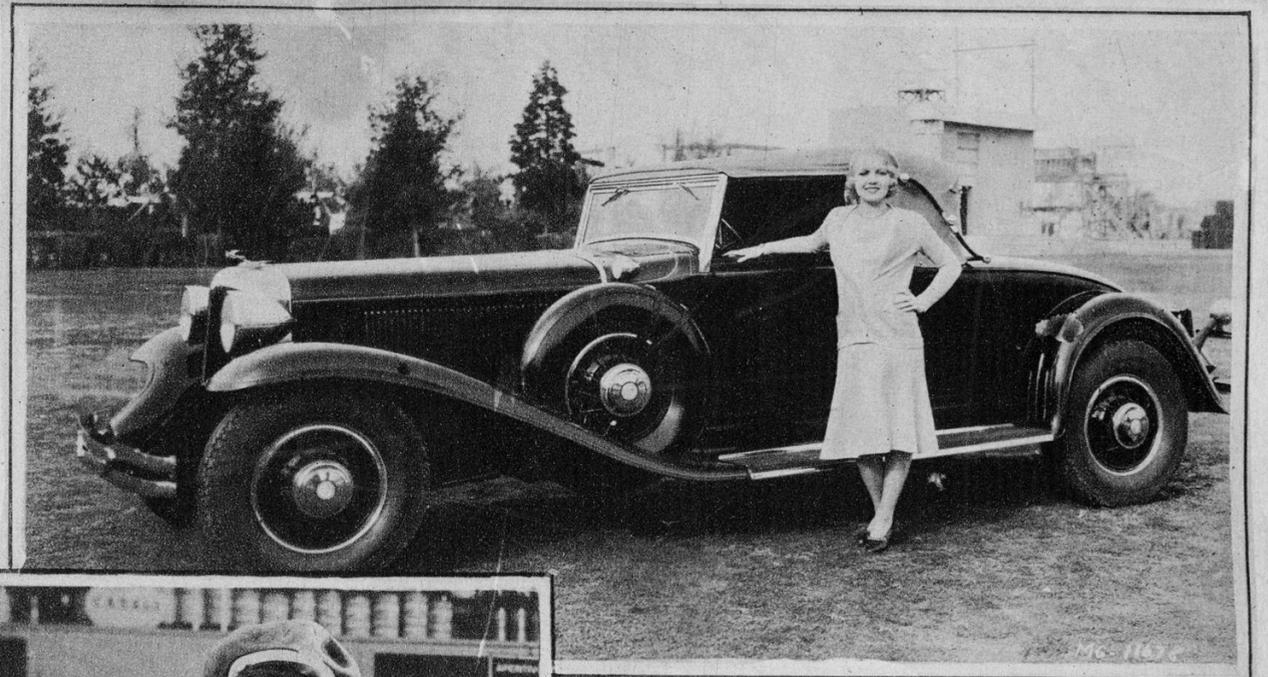
rando al suelo y calculando el sitio en que iba a caer, cuando se encontraba en los aires. Nada parecía hacerle daño, y de aquí que Harry Houdini lo bautizara con el nombre de «El hombrecillo de hierro».

Pero Buster no era de hierro. Era de carne tierna y delicada, como todos los otros niños. La única diferencia estribaba en su despierta inteligencia, que le permitía caer sin lastimarse... la misma que más tarde le ayudó a componer parodias

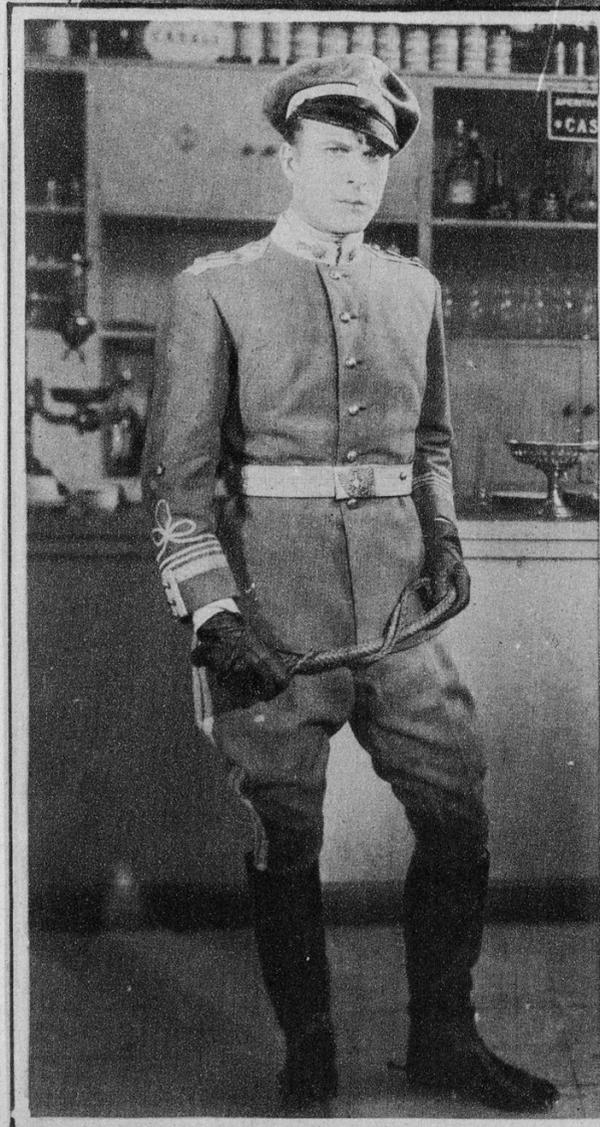
cantadas por todos los actores de variedades.

«Escribir parodias es muy divertido—dice Buster Keaton—. Me acuerdo especialmente de un acto que se me ocurrió cuando era niño, y que tuvo mucho éxito: aparecía en escena con mi padre, y anunciaba que iba a recitar cierto poema clásico. Principiaba. Me equivocaba. Volvía a empezar. Enredaba todas las palabras. Sacaba un papel del bolsillo, le echaba una ojeada rápida y volvía a empezar de nuevo... Y así hasta que mi padre, que había sufrido silenciosamente a mi lado durante todo este tiempo, me arrojaba entre bastidores de una patada. Y allí estaba la gracia. Pero aprendiendo a enredar cómicamente el poema, llegué a aprenderlo tan bien, que tuve que dejar de representar ese acto, por temor de recitar las estrofas correctamente. Por cierto, que todos los otros actores se rieron de mí.»

Su mirada parece abismarse en el recuerdo: «Aquellos eran grandes actores—murmura—y días felices!»



LOS REGALOS QUE RECIBEN LAS ARTISTAS DE CINE. VED AQUI A LA ENCANTADORA ANITA PAGE, CON SU AUTOMOVIL QUE LE REGALO UN ADMIRADOR



KAY JOHNSON, PROTAGONISTA DEL FILM SONORO «LA ESTRELLA DEL CINEMA»



LA EXIMIA ARTISTA KAY JOHNSON, LUCIENDO UN ORIGINAL DISFRAZ EN UNA ESCENA DEL BAILE DE MASCARAS DE «MADAME SATAN»

Juan Torena

Cuando preguntamos por Juan Torena al portero del Club, nos contestó que en aquel momento estaba haciendo ejercicios físicos en el gimnasio. Atravesamos el jardín, cuyo silencio sólo turbaban las músicas de una fuente—copa de plata sobre rocas que sienten—y penetramos en el gimnasio. Sólo por fotografía conocíamos a Torena, así es que grande fué nuestra perplejidad al encontrarnos con un grupo de muchachos en quienes el traje de sport y la violencia del ejercicio eliminaba todas las diferencias e igualaba en forma muy poco piadosa.

A la claridad resplandeciente de la mañana se entretenían en saltar la cuerda, hacer roning y algo de calistenia y ejercicios de argollas. ¿Cuál sería Torena? Los mirábamos atentamente. Por sus canas y su aire inconfundible reconocimos pronto a Lew Cody en uno de los «sport-boys». A su lado, y muy ocupado en levantar unas pesas, se entrenaban Leslie Fenton, antiguo conocido nuestro, y un muchacho ligeramente moreno, de expresión simpática, un poco reflexiva y un poco triste.

—¿Conoce usted a Juan Torena?—pregunté.

—Soy yo, ¿puedo servirle en algo? ¡Ah!, se me ocurre que es usted el periodista suramericano a quien me presentó ayer, por teléfono, Barry Norton.

—Ha acertado usted. ¿Podemos conversar un rato, o prefiere que almorcemos juntos?

—Pues lo mejor será hacer las dos cosas. Estoy a su disposición.

—¿.....?
—Nací en Manila, en los primeros años de este siglo. No soy más explícito en cuestión de fechas porque, según el estudio, tenemos la edad que representamos.

—¿.....?
—Casi toda mi educación la he recibido en España. Los cursos del Bachillerato los seguí en el Instituto General y Técnico de Barcelona, y allí obtuve el grado. También mi iniciación deportiva se la debo a Barcelona.

—¿.....?
—Sí, he sido jugador de fútbol en el «F. C. Barcelona». Durante dos años jugué en el primer equipo como interior derecha. Por aquellos días tomé parte en algunos partidos internacionales importantes. Recuerdo especialmente uno, jugado en Bayona, contra la selección francesa, y otro jugado contra la selección suiza. Triunfamos en ambos con cierta facilidad. Eran las tardes inolvidables del inmenso Pasarin, de T. Avieso y del incomparable Zamora.

—¿.....?
—A las Olimpíadas no asistí, aun cuando estaba seleccionado. Ya por entonces pensaba visitar los Estados Unidos y hacer un viaje a Filipinas.



—¿.....?
—Como características de mi juego no podría citar ninguna absolutamente personal. Era simplemente uno de aquellos muchachos rápidos y codiciosos del balón que consagraron en Amberes la fuerza española como secreto y resorte del triunfo.

—Y, diga, Torena, ¿prefiere el teatro o el fútbol?

—Ahora me gusta más el teatro, y más aún, si cabe, el cine.

—¿.....?
—Cuando filmo siento casi siempre al personaje. Claro que no en todas las obras y sobre todo en las primeras que hice. Pero como estudio y trabajo mucho, creo haber mejorado bastante y espero que mis últimas películas gusten al público. Confió especialmente en «El camino del infierno» y en «Scotland Yard».

—¿.....?
—Las películas en español han progresado muchísimo más aun que las inglesas, si tenemos en cuenta

las dificultades, la relativa pobreza de medios y las oposiciones. Hace dos días asistí al estreno de «Los que bailan», película filmada en los comienzos, en la Edad Media del cine hispanoparlante. Hoy acabo de ver «La gran jornada». Es extraordinaria la diferencia, tanto en actores como en dirección.

—¿.....?
—Pues vine a los Estados Unidos con intención de pasar unos meses únicamente. Me gusto mucho Hollywood y aquí me quedé. Después, el cine español me dió la oportunidad de hacer algo. Comencé con «Sombras habaneras» en compañía de René Cardona; luego filmé alguna que otra comedia corta, y finalmente, en «El hombre malo», debute como actor cinematográfico. Mi labor no fué buena, ni recibí elogios. Sin desalentarme, continúe trabajando en otras, y entonces me contrató la Fox.

FERNANDO RONDON

Memorias de un espectador

Decididamente, estoy ya harto del cine sonoro. Así, tal como suena. La cosa no deja de ser triste, desde luego, ya que no hay otro cine en perspectiva y que, cuando doy mi opinión, por regla general, se me mira como a un animal prehistórico o como un objeto antediluviano. Y si estoy cansado del cine sonoro, es por las múltiples desilusiones que me ha proporcionado.

No me tengo por romántico ni cosa parecida, pero así y todo, sentía hacia una de las artistas actuales más de moda, Greta Garbo, una predilección especial y una adoración muy cinematográfica. Todas sus películas tenían para mí un atractivo que me explicaba por su belleza exótica y por su perfil muy esfinge. Me imaginaba a Greta a mi manera... y sobre todo me imaginaba a Greta hablando con una voz dulce, llena de perfidia, como su mirada, y llena de dulzura, como su sonrisa triste. Pero ¡Dios santo, qué desilusión; salí del cine escapado, el día en que la oí! Toda la poesía de que había rodeado a Greta se derrumbaba. Greta Garbo tiene una voz escandalosamente aguardentosa, una voz masculina en absoluto. Y, naturalmente, ha sido una de las causas por las que odio al cine sonoro. Las voces de los artistas es algo temible y terrible a la vez. Nunca corresponden a sus siluetas, a sus personalidades y, sobre todo, a lo que nos imaginamos respecto a ellos.

Alguna vez se me ha ocurrido pensar, oyendo a alguna monísima muchacha charlando en la pantalla que la culpa no sería de ella, sino del aparato registrador, pero también me he despedido de esta última ilusión, cuando me he convencido de que, en realidad, lo que sucede, es que casi la mayoría de las artistas, tienen unas voces detestables.



Greta Garbo

Por eso, y por otras múltiples causas, me estoy erigiendo en enemigo de las películas habladas. Y sólo los que las detesten como yo, sabrán la dulzura que es poder ver alguna película muda, sobre todo antigua, alguna reprise en la que el modernismo y el adelanto no se hayan amalgamado de una forma indecente.

Y es otra de las preguntas que me he hecho estos últimos tiempos, muy bien percatado de mi rol de espectador: ¿Volverá el cine mudo? Y al paso que vamos, es de creer que... En fin, ya hablaremos de ello otro día.

UN ESPECTADOR